

## **Chile: ilusiones y fisuras de una contrarrevolución neoliberal madura**

Rafael Agacino\*

### ***Resumen***

La contrarrevolución neoliberal chilena se empina ya a los 30 años, poco menos que lo que duró el modelo de industrialización por sustitución de importaciones, ISI. Estas tres décadas, aunque sin precisión histórica, permiten distinguir tres etapas: 1973/75 a 1981, la etapa fundacional; de 1982 a 1989, la profundización y ajustes heterodoxos, y finalmente, de 1990 a nuestros días, la etapa de administración civil de una contrarrevolución ya madura.

Bastante se ha escrito sobre las dos primeras. En lo que a nosotros respecta, nos interesa reseñar apretadamente los principales cambios fundacionales de la contrarrevolución neoliberal chilena, pues, éstos marcarán una dinámica económico-social sin la cual es imposible caracterizar la tercera etapa, la de administración civil. En primer lugar, una notable combinación de éxitos macroeconómicos con significativos problemas de equidad distributiva -los claroscuros de la contrarrevolución neoliberal, mostraran las contradicciones estructurales del patrón de acumulación chileno desde una perspectiva de largo y mediano plazo. En segundo lugar, la relevancia de cinco círculos “virtuosos” imposibles - las que podríamos llamar las ilusiones y fisuras- mostraran, por otra parte, que incluso con antelación a la crisis asiática, el patrón de acumulación llega a ciertos límites que constituyen las trizaduras más severas que éste no ha podido eludir en su estado de madures.

Lo anterior en ningún caso significa augurar el derrumbe del patrón de acumulación. Se trata mas bien de una encrucijada histórica que, dada la ausencia de alternativas no capitalistas, reduce las opciones a una radicalización neoliberal -en Chile difícil ya de imaginar- o bien al surgimiento de intentos de contrarreformas keynesianas. Así como ocurrió con el lento agotamiento del modelo ISI en los años sesenta, la contrarrevolución neoliberal chilena hoy no sólo obliga a volver la vista sobre las relaciones entre economía y política - la vieja discusión por el contenido y los sujetos del desarrollo- sino sobretodo, y es esa la singularidad del caso chileno respecto de las contrarrevoluciones neoliberales mas tardías, sobre el desenlace probable de la primera contrarrevolución neoliberal cuya madures es evidente.

### ***Introducción.***

Este artículo fue redactado originalmente a fines de 1998; era entonces un cuarto de siglo desde que la contrarrevolución neoliberal se había impuesto en Chile<sup>1</sup>. Hoy, cuando el

---

\* Economista, profesor de las Universidades ARCIS y Central de Chile. E-mail: gmss@terra.cl.

modelo económico chileno se empina a los treinta años y atraviesa por una coyuntura complicada desde el punto de vista de su dinámica, lo hemos actualizado y dispuesto para una nueva presentación.

La contrarrevolución neoliberal chilena puede estudiarse distinguiendo tres etapas: de 1975 a 1981 la etapa fundacional; de 1982 a 1989 la de profundización y de ajustes heterodoxos, y finalmente, de 1990 a nuestros días, la etapa de administración civil de una contrarrevolución ya madura<sup>2</sup>. En la exposición, las dos primeras sólo aparecerán como referencias, concentrando mayor atención en aquellos aspectos económico-sociales mas relevantes para caracterizar la tercera etapa – la administración civil- que hoy vivimos.

El análisis se ordena en tres apartados. En el primero, denominado Los claroscuros de la contrarrevolución neoliberal en su etapa de administración civil me referiré muy brevemente a los éxitos reciente del modelo económico chileno (hasta 1997), incluyendo también, en éste apartado, una referencia a los problemas de la equidad distributiva desde una perspectiva de largo y mediano plazo. El segundo apartado, Las ilusiones y fisuras hacia 1997: Las cinco ecuaciones “virtuosas” del modelo, se destina a presentar sintéticamente cinco círculos “virtuosos” que constituyen las trizaduras más severas que el modelo no ha podido eludir en su estado de madures. Finalmente, considerando los acontecimientos económicos del último lustro (1998-2002), agregamos un tercer apartado - 1998-2002: Ralentización del crecimiento y primeros síntomas de agotamiento estructural- .que pone al día el estado de la contrarrevolución neoliberal chilena y evalúa las tendencias previstas hacia 1997.

## ***I. Los claroscuros de la contrarrevolución neoliberal en su fase de administración civil (hasta 1997).***

### ***A. El lado blanco: crecimiento y estabilidad.***

En apretada síntesis, enumero los éxitos macroeconómicos recientes sin pausa ni orden de importancia; el objetivo es más bien reafirmar, siguiendo la lógica standard de la ortodoxia neoliberal, los aspectos benignos de esta profunda revolución – en rigor contrarrevolución- pensada desde antes de 1973 e iniciada con fuerza sólo a partir de 1975.

Primero, crecimiento más veloz: entre 1974 y 1981 la economía chilena creció a una tasa de 4,0% promedio por año, en los años ochenta (1981-1989) sólo al 2,7% y durante 1990-1997, la expansión del producto se elevó a un 7,7% por año<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> La versión original fue presentada en el seminario *Neoliberalismus weltweit, 25 Jahre “Modell” Chile*, realizado en noviembre de 1998 en Münster, Alemania.

<sup>2</sup> Excluimos los años 1973-1974, pues durante aquellos aún no se resolvían las contradicciones entre las corrientes fascistas y neoliberales. Solo a partir de 1975, la contrarrevolución política comenzó a perfilarse como contrarrevolución neoliberal a nivel de todas las esferas de la sociedad chilena.

<sup>3</sup> En el Cuadro N°1 del anexo se encuentra, para el periodo 1974-2002, una serie completa de las tasas de crecimiento del producto y de las principales variables a que haremos referencia en este apartado.

Segundo, disminución de la inflación: una tasa que cae aceleradamente desde un 170,2% promedio anual entre 1974-1981 a un 19,9% entre 1982-89, para luego descender, en los años noventa, al 13,6% promedio por año.

Tercero, aumento de las exportaciones: en dólares nominales, en 1974 las ventas al exterior sumaron US\$2.150 millones, en 1982 poco más de US\$3.706 millones, y finalmente en 1997, unos US\$17.902 millones. Además se constata un cambio en su composición, por lo menos a nivel agregado: mientras en la fase 1974-81 éstas correspondieron en un 63,2% a productos mineros, un 6,6% a bienes provenientes de la Agricultura, Frutas, Silvicultura y Pesca, y en un 29,5% a la Industria, en promedio, en los años 1990-97, su estructura se modificó, disminuyendo el peso de la primera agrupación a un 47,1% y aumentando sus participaciones la segunda y tercera agrupaciones a un 11,3% y 39,5% respectivamente.

Cuarto, aumento del coeficiente de inversión: la razón formación bruta de capital fijo sobre el producto interno, se elevó desde un 15,7% promedio entre 1974-81 a un 17,4% entre 1982-89 y a 26,3% del producto en los años 1990 a 1997. Interesante además es mencionar el aumento acelerado de la inversión extranjera directa: en 1974 ingresaron vía DL600 poco más de US\$2,3 millones; en 1982 unos US\$477 millones y en 1997 esta se elevaba a US\$5.200 millones. En promedio, desde inicios de los años ochenta, la mitad de los capitales ingresados se han concentrado en el sector minero.

Y finalmente, otros dos efectos benignos que, dado su comportamiento oscilante, son menos espectaculares que los anteriores:

Quinto, reducción del desempleo: excluyendo los programas especiales de empleo, la tasa promedio de 13,0% de desocupación observada en el período 1974-81 se elevó a 13,6% entre 1982-1989 y luego, en 1990-97, descendió al 7,1% como promedio anual.

Sexto, aumento lento y oscilante de los salarios reales, pero aumento al fin. En los años 1974-1981, éstos se expandieron a una tasa media del 3,2%, disminuyendo en un 0,6% real anual en los años ochenta y recuperando su senda ascendente en el período 1990-1997, creciendo a una tasa del 4,1% promedio por año.

Y si a todo lo anterior sumamos el aumento de las reservas internacionales (US\$18.273 millones en 1997), la disminución de la pobreza<sup>4</sup> (1,5 millones de pobres menos en 1996 respecto de 1987) y consideramos los avances en la inserción internacional de Chile en el comercio exterior, no cabe duda que la contrarrevolución neoliberal, como transformación capitalista y mirada desde este ángulo, se muestra exitosa dejando en el olvido las crisis de 1975 y de 1982-83, con su secuela de costos sociales que a 1997 aún no se saldan completamente.

Así, la fase madura de la contrarrevolución, es sin duda, una muestra de éxito irrefutable.

---

<sup>4</sup> En 1996, de acuerdo a las cifras disponibles, la pobreza alcanzó al 23,2% de la población, es decir a 3 millones 288 mil personas. Véase MIDEPLAN (1997).

## ***B. El lado oscuro, la equidad.***

Lamentablemente, en este exitoso país enfrentamos la restricción de no contar con series estadísticas homogéneas para largos períodos. Sin embargo, algo podemos hacer teniendo en consideración los datos que, estilizadamente, utilizaremos para mostrar uno de los lados oscuros de la contrarrevolución neoliberal: la desigualdad distributiva.

(a) La distribución funcional del ingreso. Como sabemos, este tipo de medición sirve para evaluar el reparto primario de los ingresos entre los principales agentes que participan o están ligados a la producción social, es decir, el reparto entre capital y trabajo. Si consideramos las cifras disponibles, podemos constatar gruesamente el sesgo regresivo del modelo en lo que respecta a la distribución primaria del ingreso. En efecto, las series de cuentas nacionales con base en 1977, muestran que la participación de las remuneraciones en el producto en el año 1971, ascendía a un 50,6% mientras la del excedente de explotación - una aproximación a la participación de la masa de ganancias netas de impuesto y depreciación en el PGB- correspondía al 31,4%. En 1985, por su parte, tales participaciones habían cambiado a 33,0% y 42,2% para las remuneraciones y los excedentes de explotación respectivamente. Es decir, luego de 14 años, el peso de las remuneraciones había disminuido en 17,6 puntos porcentuales, mientras el de las ganancias aumentaba en 10,8 puntos<sup>5</sup>.

Si utilizamos ahora la serie de cuentas nacionales base 1986, cuyos datos por componentes de ingresos cubren el período 1985 a 1996, las tendencias anteriores tienden a mantenerse. En 1985, las participaciones de las remuneraciones y del excedente de explotación fueron de 35,6% y 37,2% respectivamente, no obstante en 1996, éstas se habían modificado a 37,7% en el caso de las remuneraciones y a 38,8% en el caso de los excedentes netos. Aunque podrá argumentarse que la tendencia regresiva entre 1990 y 1996 se ha aminorado aunque sea lentamente, de todos modos vale la pena tener en cuenta que esto ocurre en un contexto de expansión espectacular del producto: casi un 51% acumulado entre 1991 y 1996, cifra sin precedentes en las décadas de los setenta, ochenta y noventa.

Así, lo anterior muestra inambiguamente que la distribución primaria, aquella que se realiza principalmente en el ámbito de la producción, o más precisamente, aquella que depende de manera más inmediata de las relaciones sociales que rigen en la esfera de la producción, no ha cambiado a favor de los trabajadores a pesar del acelerado crecimiento.

(b) La distribución personal del ingreso. Ahora nos referiremos a las mediciones que evalúan el reparto del ingreso entre la población independientemente de su lugar en la producción y teniendo en consideración los efectos de las transferencias monetarias derivadas de la política social. Como es obvio, la distribución ex-post políticas redistributivas y sociales, alteran el reparto primario del ingreso cuyos resultados dependen principalmente del mercado de trabajo. A este respecto, nuevamente la situación en cuanto a cifras no es de las mejores; no obstante, con las precauciones del caso, consideremos las que tenemos a mano.

---

<sup>5</sup> Véase Cuadro N°2 en Anexos.

Sólo contamos con datos relevantes para el Gran Santiago según la Encuesta de Ingresos de Hogares levantada por el Departamento de Economía de Universidad Chile<sup>6</sup>. Según esta fuente, entre los años 1965-1970, el 40% más pobre de los hogares percibía el 10,3% del ingreso mientras el 20% de los hogares más ricos, en el mismo período, concentraba el 58,6%. En el período 1971-1973, las participaciones del 40% más pobre y del 20% más rico alcanzaron a 10,6% y 55,4% respectivamente; y más tarde, en los años 1974-1989, las cifras indican que los primeros apenas percibían el 9,1% mientras el quintil más rico elevaba su participación al 62,0% del ingreso total. Las relaciones entre los ingresos del primer quintil, el 20% de los hogares más pobres, respecto del quinto, los hogares más ricos, en los períodos señalados fueron: en el gobierno de Eduardo Frei (padre) de 1 a 18,3; en el gobierno de Salvador Allende de 1 a 17,9; en el régimen de Augusto Pinochet, de 1 a 23. Y si agregamos, los datos para los años 1990-1993, el gobierno de Aylwin, según la fuente citada, el 40% de los hogares más pobres percibió el 10,1% mientras el 20% más rico concentró el 61,5% del ingreso total. En este mismo período, la relación de ingresos entre el primer y quinto quintiles fue de 1 a 18,1.

En términos generales, como puede observarse, la distribución personal del ingreso observada durante el primer gobierno civil, es más regresiva que la vigente en los gobiernos de Frei (padre) y de Salvador Allende. Y aunque es usual escuchar que la distribución entre los años setenta y hoy está prácticamente constante o que tiene muy pocas variaciones en el largo plazo, no está demás hacer notar que este argumento es falaz, pues, sólo tendría pertinencia si continuamente las participaciones por estratos se mantuvieran invariantes. No obstante, cuando se observan períodos relativamente largos en los cuales éstas empeoran, a pesar que luego recuperen su nivel anterior, de todos modos hay un gran efecto perverso en el transcurso del ciclo. Es como si, teniendo como referencia los años 1981 y 1997, se concluyera que “en el largo plazo el salario mínimo legal real se ha mantenido más o menos constante”<sup>7</sup>.

Y este último comentario, aunque volveremos sobre el tema distributivo en el período 1994-1996, nos sirve para terminar esta segunda parte. Como podrá observarse en los anexos, la trayectoria de la economía chilena muestra claramente cómo, en el transcurso de dos décadas y media, las desigualdades tienden a profundizarse, y aún cuando, durante los últimos años éstas se mantienen o mejoran solo en relación con las observadas en los tiempos de la dictadura de Pinochet, de todos modos, evidencian una regresión distributiva respecto de inicios de la década de los setenta. Pero si aún, llegados a la segunda mitad de los noventa, los datos mostraran relaciones de desigualdades similares a las de los años setenta, no sería ocioso preguntarse entonces: ¿Para qué casi un cuarto de siglo de desarrollo capitalista? ¿Para qué una contrarrevolución neoliberal? Dejando fuera los efectos sociales, políticos, culturales perversos y la lista de muertos y desaparecidos que nos legó la dictadura, la única respuesta posible es: ¡Para nada!, si las cifras muestran que todo sigue igual; ¡para peor! si, como parece evidenciarse, hoy se consolidan dos países dadas las desigualdades abismales entre ricos y pobres.

---

<sup>6</sup> Véase Cuadro N°3a en Anexos.

<sup>7</sup> En efecto, si se consideran los valores promedios del ingreso mínimo legal anual de 1981 y 1997, medidos ambos en moneda constante, se constatará que coinciden. Sin embargo, solo en 1997, el salario mínimo legal real alcanza el valor de comienzos de la década, precisamente después de que los perceptores de este ingreso estuvieron 15 años con salarios mínimos reales inferiores al existente en 1981.

## II. Las ilusiones y fisuras hacia 1997: Las cinco ecuaciones “virtuosas” del modelo<sup>8</sup>.

Rapidamente, ahora, trataré algunos de los resultados más recientes referidos a cinco círculos o ecuaciones supuestamente virtuosas que, a juicio tanto de los economistas neoliberales como de aquellos adscritos a los primeros gobiernos civiles, caracterizarían a la economía chilena en las dos últimas décadas.

**Primera Ecuación: Apertura = Crecimiento con Equidad.** Que se ha profundizado la apertura y que este país crece, como ya dijimos, nadie lo duda. Sin embargo ¿mejora la distribución del ingreso en los últimos años?

Completando los datos ya señalados respecto de la distribución funcional es útil considerar, tomando como año base 1985=100, que el índice de excedente real -corregido ahora por el IPC y no por el deflactor implícito del producto- marcó 239,7 en 1995, más que duplicándose en una década, mientras el producto y la masa de remuneraciones reales, en el mismo año, alcanzaron los niveles de 210,7 y 209,2 respectivamente, ambos notablemente inferiores al del excedente. Si agregamos ahora el año 1986 que parece cambiar la tendencia, de todos modos podemos constatar que entre 1986 y 1995, la masa de remuneraciones reales creció a una tasa media de 7,8% por año, mientras la masa de los excedentes empresariales, lo hizo a una tasa media anual de 8,0%. En el mismo período, la tasa de crecimiento del producto fue de 7,3%.

Aún obviando las distorsiones por la forma de medición (en la masa de remuneraciones se incluyen los sueldos de todos los empleados dependientes incluidos las plantas ejecutivas de las empresas, y en el excedente se consideran tanto los ingresos de los trabajadores por cuenta propia como los excedentes de las microempresas), lo que las cifras muestran es una clara concentración del crecimiento: los excedentes, por lo menos hasta 1996, aumentan más velozmente que el producto y las remuneraciones, lo cual, equivale a decir que el crecimiento se distribuye en favor de los patrones.

Por otra parte, respecto de la distribución personal, contamos para los años noventa con dos fuentes: las Encuestas CASEN de MIDEPLAN con series recientemente corregidas y las Encuestas Suplementarias de Ingresos de INE<sup>9</sup>.

Las cifras corregidas de la CASEN muestran que la distribución ha empeorado. Partiendo del mejor año “distributivo” hasta mediados de los noventa, se constata que el 20% de los hogares más pobres disminuyó su participación en el ingreso desde un 4,6% en 1992 a 4,1% en 1996; mientras, el 20% de los hogares más ricos, la aumentó de 56,3% a 56,7% en

---

<sup>8</sup> Parte de los argumentos aquí presentados se basan en Agacino (1996a), no obstante, se han actualizado algunas de las afirmaciones de acuerdo a las nuevas series de datos recientemente publicadas.

<sup>9</sup> Véase MIDEPLAN (1996a), MIDEPLAN (1997), INE (1997a) e INE (1998). Hacemos notar que la segunda publicación de MIDEPLAN, referida a la CASEN 1996, corrige algunos datos de pobreza y de distribución del ingreso de la CASEN 1994 registrados en la primera publicación citada. A su vez, ésta última, corrige los datos de pobreza del año 1992 previamente publicados por CEPAL (1995) en su análisis comparativo entre las encuestas CASEN de 1994 y 1992.

igual lapso. La desigualdad afecta también, aunque levemente, a los estratos medios: en igual período, el tercer quintil disminuyó en 0,3% su participación<sup>10</sup>.

No obstante lo anterior, lo más grave es que el 10% de los hogares más pobres, durante el período, han estado afectos a una disminución absoluta de sus ingresos. Además de la inequidad relativa del crecimiento, reflejada en su menor participación en el ingreso (ésta disminuye de 1,7% en 1992 a 1,4% en 1996), sufren un empobrecimiento absoluto en 1994 al disminuir sus ingresos medios reales en un 4,9% respecto de 1992. Por otra parte, si bien es cierto que el efecto anterior, fue compensado por un aumento de 9,7% entre 1994 y 1996, de todos modos, es el sector cuyos ingresos monetarios medios han crecido menos que cualquier otro decil entre 1992 y 1996.

Así, la concentración del ingreso no sólo es alta, sino además, se profundiza durante los últimos años. Combinando los datos distributivos de la CASEN 1996 con los tamaños de hogar informados por la Encuestas del INE para 1996<sup>11</sup>, se puede estimar que en 1996 aproximadamente un millón 22 mil personas captaron el 41,3% del ingreso, mientras un millón 834 mil percibieron sólo el 1,4% de éste, situación peor que la existente incluso en 1987.

En el Chile de la segunda mitad de los noventa, según la misma CASEN, los ingresos promedios del decil de hogares más ricos son casi 29 veces mayores a los ingresos del decil de hogares más pobres. Y si se comparan sus ingresos medios per capita, el ingreso de un rico típico supera en más de 50 veces el ingreso medio de un pobre<sup>12</sup>.

**Segunda Ecuación: Apertura = Crecimiento = Aumentos del Empleo = Disminución de la Pobreza.** Nos hemos acostumbrado a escuchar que la disminución estructural de la pobreza depende más de un crecimiento económico sostenido que de una intervención estatal vía políticas sociales. Lo anterior significa que, en las condiciones de globalización, lo que se necesita no es aumentar el tamaño del Estado, sino hacerlo más eficiente, y que los problemas de pobreza no se resuelven por medio de las políticas sociales o creando nuevas instituciones estatales, sino fundamentalmente, como afirma el Banco Mundial, incorporando a los pobres al mercado de trabajo. Se trata entonces de crear empleos productivos, y éstos, dado que son resultado del crecimiento cuyo motor es el sector privado, son la mejor razón para no hacer política económica que contravenga la dinámica de los mercados abiertos y competitivos.

---

<sup>10</sup> Véase Anexo Cuadro N°3b.

<sup>11</sup> Las cifras informadas en la CASEN 1996 han sido fragmentarias y generales, por lo cual no conocemos el número de hogares y su tamaño medio. INE, en su Encuesta Suplementaria de Ingresos, de 1996, informa que los 374.839 hogares del decil más pobre reúnen una población de 1.832.067 personas, y en igual número de hogares del decil más rico, 1.021.565 personas; en ambos casos se excluye al personal de servicio doméstico puertas adentro. Véase INE (1998; Cuadro N°1) o Anexo Cuadro N°4.

<sup>12</sup> Nuevamente por falta de datos, hemos considerado los ingresos monetarios por hogar informados por la CASEN 1996 y los tamaños de hogar registrados por INE (1997a) para los dos deciles extremos. Por otra parte, si solo se utilizan datos de la fuente INE (1998), las cifras para el año 1996 se suavizan: la relación entre ingresos medios por hogar es de 20,5 veces y la de ingresos per cápita es de 37 veces. Véase Anexo Cuadro N°4.

Si se revisan las cifras corregidas de las CASEN se puede constatar que efectivamente la pobreza e indigencia, medidas por línea de ingreso, han disminuido entre 1990 y 1996. Según las cifras oficiales, en 1990 había 4 millones 966 mil personas pobres, de las cuales 1 millón 659 mil estaban en condición de indigencia; en cambio, en 1996, los pobres se han reducido a 3 millones 288 mil y los indigentes a 814 mil. Todo esto ha ocurrido, precisamente, en un período en que no se ha aplicado ningún plan de emergencia contra la pobreza, donde han prevalecido los criterios de focalización de las políticas sociales, y que se ha caracterizado además, por una mayor apertura relativa al comercio (principalmente por la disminución de la protección efectiva) y por una expansión del empleo que ha disminuido las tasas de desocupación.

¿Son estos resultados concluyentes para afirmar que la solución de la pobreza, en un contexto de apertura, es el crecimiento y el empleo? Al menos cuatro comentarios pueden plantearse al respecto.

El primero se refiere a la dinámica seguida por las cifras de pobreza. Los datos corregidos muestran que en el período 1987-90 por cada punto porcentual de aumento del PIB el número de pobres se redujo en 0,37 puntos, indicador que mejora notablemente en los dos períodos siguientes: -1,07 entre 1990-92 y -0,63 en 1992-94, mostrando inambiguamente el impacto benigno del crecimiento. Por otra parte, el efecto empleo corregido<sup>13</sup>, que indica en cuántos puntos porcentuales disminuye el número de pobres por cada punto de expansión del empleo, del mismo modo, mostró resultados alentadores: de -0,68 en 1987-90 saltó a -2,08 en 1990-92 y bajó levemente a -1,93 en 1992-94.

Para MIDEPLAN tanto antes, cuando anunció los resultados de las CASEN 1992 y 1994, como cuando dio a conocer los resultados preliminares de la CASEN 1996 y las correcciones de la anterior, estos resultados (corregidos) confirman el éxito de la política económica de los gobiernos civiles respecto de los últimos años de Pinochet, pues, como hemos señalado, se verifica la idea que durante los años noventa el crecimiento ha sido mucho más benigno respecto de la pobreza. Sin embargo, las dudas que hemos manifestado en otras ocasiones sobre la dinámica de reducción de la pobreza<sup>14</sup> pueden comprenderse más fácilmente considerando cifras absolutas corregidas: en el bienio 1990-92 ésta disminuyó en 634 mil personas, en la fase 1992-94 en 552 mil, y en 1994-96 sólo en 492 mil personas. Algo distinto ha ocurrido con la extrema pobreza o indigencia: ésta se redujo en 490 mil personas entre 1990-92, en sólo 133 mil personas en 1992-94 y en 222 mil en la última fase. Esto último, a juicio de MIDEPLAN, mostraría que los vaticinios sobre las crecientes dificultades que el sólo crecimiento económico tendría para reducir la extrema pobreza, quedarían desmentidos. Sin embargo, debe considerarse que su reducción en 1994-96, si bien fue mayor en términos absolutos y relativos a la observada en la fase inmediatamente anterior, de todos modos fue significativamente inferior respecto de las reducciones absolutas y relativas observadas en 1990-92 y 1987-1990<sup>15</sup>.

---

<sup>13</sup> Doblemente corregido: primero, por los nuevos datos de pobreza, y segundo, por las nuevas series empalmadas de empleo publicadas por INE (1997b).

<sup>14</sup> Véase Agacino (1996a) y Agacino y Escobar (1997).

<sup>15</sup> Véase Cuadro N°5 en Anexos.



El segundo comentario se relaciona con el efecto cíclico del empleo y desempleo. Un hogar pobre puede eventualmente superar la pobreza si sus miembros en condiciones de trabajar se emplean, y tal como lo hemos mencionado, el ciclo de expansión de la economía se tradujo en disminuciones de la tasa de desocupación teniendo un efecto benigno sobre los sectores empobrecidos. De hecho, para los hogares del quintil más pobre, considerando las CASEN (series no corregidas) esto significó una disminución del desempleo desde 22,8% al 14,2% entre 1990 y 1992; en igual período, además, se elevó para el mismo grupo, el número de ocupados por hogar desde 0,92 a 1,01 personas. Sin embargo, estas tendencias tienden a revertirse o estancarse hacia 1994. Las cifras de las encuestas CASEN muestran con toda claridad que los segmentos más afectados fueron, precisamente, los más pobres: la tasa de desocupación pasó del 18,2% y 9,6% en 1992 al 22,0% y 11,4% en 1994 para el primer y segundo deciles respectivamente<sup>16</sup>.

Por otra parte, la CASEN 1996 (con series corregidas de desempleo para 1994 y 1996) indican nuevamente un cambio: la tasa de desempleo registrada por ésta señala, para el primer decil, una disminución del 24% al 21,8% entre 1994 y 1996, y en el caso del segundo, igualmente una reducción de 12,2% a 10,7% en igual lapso. Aunque no tenemos más detalles, lo importante, es que las tasas de desocupación de estos sectores más pobres continúa superando, según esta última fuente, las tasas de todos los otros deciles de ingreso, cuestión que no deja de ser inquietante cuando se constata que si bien, en igual período, la economía crece a un ritmo de 7,9% promedio por año, sólo aumentó la ocupación en un magro 1,4% anual.

Tercer comentario a la segunda ecuación: la precariedad del empleo. ¿Dónde trabajan los pobres? Considerando las cifras CASEN no corregidas, las únicas disponibles a este respecto, se constata que en 1992, un 45,5 % de los ocupados recibían menos de dos salarios mínimos: es decir, casi la mitad de los ocupados estaba bajo o en la línea de pobreza. Esta situación tiende a repetirse dos años después: en noviembre de 1994, un 46,2% de los ocupados (sin considerar los trabajadores por cuenta propia) se encontraban en esa situación<sup>17</sup>. Esto revela que un porcentaje importante de los pobres no son los típicamente excluidos, sino precisamente, los incorporados al mercado del trabajo. Si esto es así, entonces para aquellos el problema es que el propio mercado del trabajo está operando como uno de los tantos mecanismos reproductores de la pobreza.

Además, la misma fuente señala que a fines de 1994, aproximadamente 3 millones 519 personas, es decir, un 69,4% de los ocupados, trabajaban o por cuenta propia o en firmas de menos de 50 trabajadores. Si excluimos los cuentapropistas, un 48,7% de los ocupados (aproximadamente 2 millones 470 mil) laboraba en empresas de 2 a 49 trabajadores, de los

<sup>16</sup> Cifras tomadas de CEPAL (1995), Cuadro N°14.

<sup>17</sup> En 1992, según cálculos del PET, el Salario Mínimo Requerido (SMR) para satisfacer las necesidades básicas de un hogar alcanzaba a \$56.496 y el salario mínimo legal líquido (descontado los aportes a la seguridad social) a \$29.014. En consecuencia, el doble de éste último era levemente superior (1,03 veces) al SMR que puede considerarse como el salario equivalente a la línea de la pobreza. Véase Leiva y Agacino (1994), pág. 34-35. Es posible hacer el mismo análisis para 1994. Mac-Clure y Urmeneta informan que en noviembre de ese año, según la CASEN 1994, un 46,2% de los ocupados (2.343.513 personas) recibían hasta dos salarios mínimos. Considerando los datos del PET, el SMR en ese mismo mes alcanzaba a \$71.824,06, por lo cual el doble de salario mínimo legal equivalía a 1,16 veces el SMR. Véase Mac-Clure y Urmeneta (1996), Cuadro 19, página 35, *datos corregidos* con autorización expresa de los autores.

cuales un 26,4% lo hacía en firmas de entre 2 y 9 personas y un 22.3% en firmas de entre 10 a 49 personas. Sólo un 12,8% de los ocupados estaba empleado en firmas de 200 o más trabajadores<sup>18</sup>. Todo lo anterior lo señalamos para resaltar que casi la mitad de los trabajadores está empleado en pequeñas empresas donde las condiciones para su organización son muy adversas y no es extraño que sus posibilidades para forzar - por medio de la negociación salarial- una mejor distribución de los beneficios del crecimiento, sean, por decirlo de algún modo, muy poco plausibles.

Podemos ahondar un poco más sobre la calidad del empleo considerando el tipo de ocupaciones a las que acceden los pobres. Aunque no contamos con cifras para el período 1994-96, aquellas que resultan de una tabulación especial de los datos de la CASEN 1994 muestran, a un nivel más desagregado, algunos casos paradigmáticos. Por ejemplo, en la VI región, en un contexto de pérdida de empleo, las únicas ocupaciones creadas son empleos para pobres: en el período 1992-1994, los ocupados no pobres disminuyen desde 201.456 a 189.987 personas, pero los ocupados indigentes y pobres no indigentes, aumentan desde 8.654 y 43.363 a 12.429 y 47.305 personas respectivamente. Lo que está ocurriendo, en consecuencia, es una precarización de los puestos de trabajo, una suerte de trickle down precarizador, pues aumentan las ocupaciones para pobres y disminuyen aquellas para no pobres<sup>19</sup>.

Y el último comentario: la perdurabilidad de la disminución de la pobreza. Con las cifras originales de las CASEN 1992 y 1994, se realizó una clasificación de la población según su ingreso equivalente en canastas básicas alimenticias<sup>20</sup>. Esta tabulación mostró dos hechos significativos: primero, que el número de personas clasificadas en los rangos de menos de media canasta aumentó entre 1992 y 1994, y segundo, que aquellas ubicadas en los tramos de 0,5-0,75 hasta 2-3 canastas, no obstante disminuir en todos los estratos, en el caso del último tramo las variaciones absolutas fueron notablemente inferiores a todos los demás: sólo 22.533 personas menos. Esto indicaba, por una parte, que los “más pobres entre los pobres” se empobrecieron más entre ambos años, y por otra, que las personas ubicadas inmediatamente por arriba de la línea de la pobreza (2-3 canastas), fueron menos sensibles a la trayectoria ascendente de los ingresos en relación a los pobres ubicados en los tramos equivalentes a más de media y menos de dos canastas básicas alimenticias.

Lo importante, además de la situación del primer tramo, es que aquellas personas que han superado la línea de la pobreza, en general, no continúan ascendiendo en la escala salvo un número muy reducido - menos del 0,9%- lo cual indicaría un alto grado de vulnerabilidad potencial a “regresar” nuevamente a su condición de pobres, constituyendo una masa que fluctúa en torno a la línea de pobreza. Aunque no contamos con cifras corregidas para las CASEN anteriores, es notable constatar que en 1994 había más de dos millones y medio de personas en esa franja. Ahora bien, si somos optimistas y suponemos que en 1996 éstas se

---

<sup>18</sup> Datos tomados de Mac-Clure y Urmeneta (1996).

<sup>19</sup> Esta situación se reproduce también en otras regiones. En un contexto de *crecimiento de empleo*, la CASEN 1994 muestra cómo en las regiones III y VII las ocupaciones para pobres (o simplemente precarias), aumentan más que proporcionalmente que los empleos no precarios. Véase MIDEPLAN (1996a), Cuadro A.III-4. También, para un análisis más detallado de los flujos de ocupación y desocupación, véase Agacino y Escobar (1997).

<sup>20</sup> Véase Cuadro N°7 en Anexos.

redujeron a 2 millones, dado los efectos de la corrección de cifras y de la disminución de la pobreza entre 1994 y 1996, podríamos estimar que en éste último año, tendríamos 3 millones 288 mil pobres más una masa flotante de 2 millones, es decir, 5 millones 288 mil personas en condiciones de vida precarias. Esta afirmación no es escandalosa; más aún si se considera que la mayor parte de los ingresos de las familias proviene del trabajo (sobre el 82%) y que actualmente vivimos en un contexto de extensión de la flexibilización productiva y del empleo.

Un ejemplo ilustra bien esta idea: una mujer temporera del sector frutícola ingresa a trabajar durante la temporada (desde a octubre a marzo) y recibe un salario que eventualmente le permite cruzar la línea de la pobreza durante ese período; sin embargo, desde abril a septiembre queda desempleada o debe trabajar en ocupaciones peores, por lo cual, durante ese lapso ingresa nuevamente a la zona de la pobreza o indigencia. Así, en el mismo año, es pobre y no pobre a la vez. En consecuencia, la pregunta clave es: ¿un mercado del trabajo flexible y precario garantiza la solución estructural de la pobreza, es decir, que el cruce del umbral permita hacer perdurable en el tiempo esta situación?. La respuesta parece ser negativa.

**Tercera Ecuación: Apertura = Desarrollo de la Segunda Etapa Exportadora.** Constantemente escuchamos que es necesario profundizar la apertura, la integración de la economía chilena a los mercados mundiales, pues por medio de ella, nuestro país dejaría la etapa fácil centrada en la exportación de materias primas y se encaminaría a una segunda etapa exportadora cuyo núcleo estaría constituido bienes con mayor valor agregado, particularmente de exportaciones de manufacturas industriales.

Este discurso aparece avalado por la trayectoria reciente del comercio exterior. En efecto, si en 1990 las exportaciones industriales alcanzaron la cifra de 2.739 millones de dólares, en 1996 ascendieron a 6.379 millones de dólares corrientes; ésta alza se tradujo en que la participación de las exportaciones clasificadas como industriales en el total de las ventas al exterior, aumentara de un 32,7% a un 38,3% en igual período. Incluso más: las cifras indicaban que las ventas externas de harina de pescado y celulosa, ambas incluidas en las exportaciones manufactureras, mostraran una clara disminución en su peso relativo; en promedio la harina de pescado y la celulosa que, en 1984-89, representaron el 21,4% y 13,7% del total de las exportaciones industriales respectivamente, en el período 1990-97 solo pesaron un 10,2% y 12,6%. De este modo, las cifras señalan que no sólo crece el peso relativo de las exportaciones de origen industrial en el total de ventas al exterior, sino además, que las propias exportaciones industriales se diversifican.

Sin embargo, nuevamente subsisten algunas dudas. Un estudio que cubre hasta los primeros años de lo noventa<sup>21</sup>, que considera 26 ramas industriales cuya contribución a las exportaciones y empleo manufactureros en 1992-94 supera levemente el 98% y el 80% respectivamente, relativiza bastante las conclusiones deducidas de las cifras anteriores. Utilizando las últimas estadísticas industriales disponibles a esa fecha, el análisis indica que comparando los trienios 1983-85 y 1991-93, efectivamente aumenta el número de ramas para las cuales el mercado externo absorbe más de un 30% de sus ventas, es decir, se observa un

---

<sup>21</sup> Véase Agacino (1996b).

mayor número de ramas industriales exportadoras. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que todas ellas están directamente ligadas a la explotación de recursos naturales. De hecho, tomando como base las 26 ramas seleccionadas, mientras en el primer trienio, el 54,1% de las exportaciones industriales totales provienen sólo de tres ramas (Elaboración de productos del mar, Fabricación de aceites y grasas y Fabricación de papel y celulosa), en el último, el 62,6% de éstas provienen de cinco sectores (los tres anteriores más Conservas de frutas y la Industria de la madera), las cuales, según sus coeficientes de utilización intermedia, pueden clasificarse como ramas basadas en recursos naturales.

Lo anterior efectivamente muestra una diversificación de las exportaciones industriales, no obstante, dada la dependencia de insumos primarios, lo que las cifras indican, por lo menos hasta esa fecha, es que tal diversificación exportadora de la industria opera principalmente como diversificación al interior de ramas “rentistas”. En otras palabras, lo que se observa no es precisamente la emergencia de ramas típicamente secundarias, sino más bien, la consolidación exportadora de aquellas aún fuertemente ligadas de modo directo a la explotación de recursos naturales. Si bien es cierto que Chile exporta relativamente menos celulosa y harina de pescado, la causa no se debe a que exporte relativamente más radios, automóviles o maquinaria liviana, sino a que exporta relativamente más frutas y maderas. Dicho de otra manera y en los términos en que se ha concebido la “segunda etapa exportadora”, es decir, como resultado espontáneo de un proceso de apertura, una diversificación del comercio no asegura necesariamente una reestructuración industrial que traslade el motor de esa recomposición y ampliación, hacia los sectores típicamente industriales<sup>22</sup>.

Por otra parte, si consideramos la serie completa de las ventas externas de 1990-97, se constata que la participación de las exportaciones industriales vinculadas directamente a recursos naturales, tales como harina de pescado, salmón, celulosa, maderas (aserradas y chips) y metanol, durante el trienio 1990-1992 representaron el 40,8% de las exportaciones industriales, peso relativo que si bien disminuye fuertemente en el trienio 1996-98 - a 34,8%- su caída no es determinante para cambiar el carácter rentista de las exportaciones industriales. Además, a un nivel más agregado, si sumamos a las anteriores las ventas al exterior de los sectores mineros, agropecuario, silvícola y pesqueros, se verifica que el peso de las exportaciones de origen primario en el total de exportaciones país es de 78,1% en el primer trienio y de 65,7% en el segundo<sup>23</sup>.

En consecuencia, como puede observarse, durante lo que va corrido de los noventa no parece modificarse significativamente el anclaje de la economía chilena a los recursos naturales. El análisis de la trayectoria de las exportaciones más que revelar el paso a una “segunda etapa exportadora”, siendo optimistas, solo mostraría el tránsito a algo parecido a una “etapa y media”, situación que por lo demás, ni siquiera está asegurada si consideramos el comportamiento del tipo de cambio real durante los últimos años. Y lo anterior nada tiene de extraño, pues, en ausencia de una política industrial, el mercado opera espontáneamente reasignando los recursos con una lógica muy simple: maximizando la tasa de ganancia

---

<sup>22</sup> Una visión contrapuesta y más optimista respecto del mismo tema puede encontrarse en Alvaro Díaz (1995). Allí se afirma explícitamente que Chile *ya* se encontraría en la famosa segunda etapa. Mucho más cauto se muestra Ricardo Ffrench-Davis (1995).

<sup>23</sup> Véase Cuadro N°8 en Anexos.

privada; esto puede o no coincidir con la reasignación de recursos socialmente deseada, y si lo hace, es por azar y sin garantía de estabilidad.

**Cuarta Ecuación: Apertura = Crecimiento = Desarrollo Simétrico u Homogéneo.**

En esto galopamos; sólo interesa resaltar que el discurso oficial confía en que el crecimiento - dado que es el país el que compete en los mercados mundiales y no sólo las empresas- espontáneamente se distribuiría de manera más o menos equivalente entre todos los sectores económicos, sociales o territoriales. Es Chile el que crece; no unos en desmedro de otros.

Sin embargo, la realidad se muestra esquiva con las ilusiones. Al respecto, permítanme citar un documento reciente del PNUD sobre la situación chilena; en éste se concluye:

“Los mejoramientos en la calidad de vida de la población estarían sujetos a un determinismo geográfico. Se observa, en efecto, ritmos diferentes de evolución de la pobreza e incluso existen regiones en las cuáles no se estaría reduciendo, a pesar que los promedios nacionales reflejen una disminución...Las heterogeneidades que subyacen al crecimiento son más agudas a nivel de las localidades o comunas del país”<sup>24</sup>.

La difusión asimétrica del crecimiento no es un fenómeno nuevo; tampoco los argumentos que intentan justificarla enjuiciando, como lo hacen lo más ortodoxos, la capacidad y disposición de los afectados para adaptarse a las condiciones que la globalización impone. Según éstos, por ejemplo, serían las diferencias de capacidad y disposición las que explicarían el crecimiento absolutamente desigual no sólo respecto de la distribución del ingreso, sino también, respecto del crecimiento regional tal como ocurriría en los casos de Arica y Valparaíso o con las paradojas de la Octava Región que en 1994 aportó más del 15% de las exportaciones nacionales, concentró casi el 30% de los recursos de inversión a nivel país<sup>25</sup> y que simultáneamente presentó, junto a la V región, una de las mayores tasas de desempleo (7,4%) y de pobreza (33,9% de la población regional en 1996), la segunda más alta del país según la encuesta CASEN.

Este capitalismo, después de muchas décadas, vuelve a caracterizarse por profundizar las desigualdades de todo tipo (territoriales, sectoriales, sociales, etáreas, étnicas, de género, etc.) a la vez que simultáneamente homogeneiza culturalmente fragmentando. Estas son, precisamente, efecto de la desregulación de los mercados y de la desresponsabilización del Estado frente a aquellos y a las necesidades sociales, y que se explicarían por la extensión de las relaciones de mercado a casi todas las esferas de la vida social<sup>26</sup>. Pero también, por la forma en que se ha concretado el propio proceso de inserción internacional el cual, como ya se observa, muestra que la integración a la economía mundial corre en paralelo con una desintegración interna. Hoy en este país no tiene sentido hablar de un proyecto de “desarrollo nacional” tal como si lo tuvo en otras condiciones históricas; no lo tiene porque Chile es un país extravertido donde el motor del crecimiento reside en las decisiones de los grandes grupos económicos transnacionales y nacionales aliados; ellos son los que cambian la geografía de la cordillera nortina con miles de millones de dólares de inversión minera o del

---

<sup>24</sup> Tomado de PNUD (1996).

<sup>25</sup> Las cifras son tomadas de Carlos de Mattos *et al.* (1996), Capítulo D.

<sup>26</sup> Este tema y sus efectos ideológicos se tratan en detalle en Agacino (1997a).

sur con la explotación forestal y pesquera. Incluso los megaproyectos de infraestructura vial, portuaria y otros, obedecen a esa lógica y no a una estrategia de desarrollo de carácter nacional; por ello el desarrollo se acompaña de la desintegración social, territorial y sectorial<sup>27</sup>.

A pesar de la poca originalidad histórica de estas características del capitalismo, en nuestros días las asimetrías observadas son mucho más notables dado el carácter singular que ha asumido su desarrollo en las últimas décadas. Desde esta perspectiva, la lentitud en adaptarse a la “globalización”, las “aptitudes” y “actitudes” antimodernizadoras señaladas como causantes de la existencia de actividades y regiones virtualmente condenadas a la desaparición y/o estancamiento, así como de otras desigualdades, no pasa de ser una excusa, una falsa imagen levantada por los intelectuales neoliberales para estigmatizar las acciones de resistencia que diferentes sectores ensayan para neutralizar los efectos devastadores de esta modernización que significa ganancias para unos, pobreza, desarraigo y inestabilidad para otros.

**Quinta Ecuación: Apertura = Competitividad Sistémica = Consensos = Profundización de la Democracia.** Como ya señalamos, el discurso oficial nos recuerda frecuentemente que la globalización exige que sea el país completo el que compita internacionalmente: empresarios, Estado y trabajadores; todos, como una “gran familia”, debemos asumir los desafíos de la competitividad si queremos ser una nación viable.

Pero más allá de eso, lo importante es que el nuevo paradigma de relaciones laborales impulsado desde inicios de los noventa se funda en esas ideas. El “involucramiento” y la participación de los trabajadores en los programas de calidad, productividad y cambio tecnológico impulsados por las empresas, es una necesidad objetiva y no un mero deseo, que según los promotores de la globalización, daría paso a nuevas relaciones laborales. Estas, por fuerza de los hechos, generarían las bases objetivas para mejorar las condiciones de trabajo y el “clima” laboral, siendo la empresa el lugar por excelencia en que partiría un nuevo tipo de compromiso o pacto social que equilibraría las relaciones entre capital y trabajo. El consenso en el ámbito de la empresa, sería el fundamento de un pacto social a nivel macro que extendería socialmente la democratización política, profundizándola.

Los hechos, sin embargo, nuevamente deshacen ilusiones. Para ejemplificar, nos referiremos a solo un aspecto de este complejo tema: la situación de los trabajadores como sujeto social activo de estos consensos, como sujeto de la eventual “profundización de la democracia”.

Las cifras oficiales de la Dirección del Trabajo, muestran que la tasa de sindicalización ha venido descendiendo sistemáticamente durante el último período. Si bien durante los dos primeros años de gobierno civil ésta aumentó hasta llegar al 15,5% de la

---

<sup>27</sup> Interesante es contraponer la vieja idea de “integración como parte de un proyecto de desarrollo nacional” al proceso de integración *de facto* que se concretiza por doquier en nuestros días. Este tema lo tratamos más extensamente en Agacino (1997b), y en otro trabajo se presentan dos ejemplos paradigmáticos de la integración *de facto* a que hacemos referencia: los protocolos mineros chileno-argentinos impulsados por las transnacionales del rubro y firmados por las autoridades de ambos países. Véase Agacino, Rojas y González (1997).

fuerza de trabajo ocupada en 1991, al año siguiente disminuyó al 15,3% para continuar su descenso al 13,7% en 1993 y al 16,5% en 1997, tasa inferior incluso a la observada a inicios de la presente década. Lo más sorprendente, sin embargo, no es la disminución “relativa” de la tasa de sindicalización -lo cual podría ser explicado por un aumento más veloz de la fuerza de trabajo ocupada respecto del número de trabajadores sindicalizados-, sino más bien, que su descenso se origina en una reducción absoluta en la cantidad de sindicalizados. En efecto, el número máximo fue en 1992 con 724.065 trabajadores organizados en 10.756 sindicatos; en 1997, sin embargo, solo contamos con 613.123 trabajadores organizados, es decir, 110.942 personas menos que en 1992. Esta disminución absoluta comienza ya en el año 1993 en que dejaron de pertenecer a sindicatos 39.704 trabajadores y continúa hasta 1997<sup>28</sup>.

Por otra parte, debe recordarse que en Chile en términos prácticos, la legislación laboral sólo permite la negociación colectiva de los trabajadores organizados en los “sindicatos de empresa”. Esto significa que los trabajadores agrupados en sindicatos transitorios, independientes o interempresa, se ven impedidos de negociar colectivamente, por lo cual sus sindicatos, en cuanto organizaciones que se supone deben permitirles disputar con los patrones tanto los salarios como las condiciones de trabajo, son prácticamente inútiles. En el año 1997, sólo un 7,7% de la fuerza de trabajo ocupada estaba organizada en sindicatos empresa, es decir, 406.657 trabajadores. El resto de los organizados, poco menos de 206 mil trabajadores, se agrupan en sindicatos donde la negociación colectiva está prohibida o simplemente es inviable. Adicionalmente, si consideramos que los asalariados ocupados representan casi las tres cuartas partes de la fuerza de trabajo empleada, y excluimos a las FFAA, entonces, en nuestros días, más de 3,5 millones de trabajadores asalariados y con empleo ni siquiera cuentan con algún tipo de organización reivindicativa propia que defienda colectivamente sus derechos. La situación es mucho más grave si consideramos al conjunto de los trabajadores (por ejemplo: los cuentapropistas, los familiares no remunerados o el trabajo infantil) o si tenemos en cuenta que en la actualidad un número significativo de los sindicatos registrados como vigentes por la Dirección del Trabajo simplemente no funcionan.

Pero todo esto no debería preocuparnos si esta virtual destrucción de los sindicatos estuviera siendo proporcionalmente corregida por la emergencia de algún tipo de organización nueva o distinta. Sin embargo no es así: ni los círculos de calidad o comités de productividad se han extendido en las empresas, y además, en las pocas en que éstos se han creado, se han reducido a los cuadros medios y con un comprobado carácter estrictamente patronal cuyo objetivo es la desmovilización y la eliminación de la autonomía de los trabajadores. Incluso, en muchos casos, se han transformado en medios para aumentar la explotación, pues, el “involucramiento” y la “participación”, sirve a los patrones para ampliar las responsabilidades de los trabajadores a los ámbitos de la planificación y supervisión de tareas, con lo cual, no sólo los operarios incorporados al selecto grupo de la “familia empresa” son más explotados, sino también se les impone a ellos la tarea de coadyuvar a la explotación del resto.

Lo que las cifras muestran, en consecuencia, es que los trabajadores están desconstituyéndose en cuanto sujeto social; la destrucción de los sindicatos es directamente

---

<sup>28</sup> Véase Cuadro N°9 en Anexos.

causada por la forma concreta y no ideal en que funcionan los nuevos paradigmas de las relaciones laborales “modernas”; es expresión directa de la falta de participación real al interior de las empresas y de la subordinación creciente que el capital impone sobre el trabajo. En estricto rigor cuando un patrón contrata, es decir, cuando compra el talento productivo de un trabajador, siempre busca garantizarse para sí el máximo de libertad para disponer de esa fuerza de trabajo contratada, para usarla libremente en las condiciones que él determine al interior de su empresa; por ello pregona la flexibilidad y por ello también se opone a los sindicatos y busca eliminarlos mientras pueda o cuando no le sean obsecuentes. En su lógica no hay espacio para la democracia o la participación real en la empresa; ésta es simplemente un absurdo en la lógica capitalista pues significa colocar en entredicho el fundamento práctico de la propiedad privada: el derecho a uso y abuso de lo poseído.

Así, el miembro derecho de la última ecuación, la profundización de la democracia, cuya base sería el gran consenso en las empresas entre trabajadores y patrones, parece mostrarse como imposible o como un gran fraude. Los trabajadores como tales, con identidad y autonomía colectivas, no se fortalecen sino más bien el propio funcionamiento de los procesos productivos y de trabajo “modernos”, los debilitan, los niegan como sujetos sociales con identidad propia, al menos hasta ahora.

Llegados a este punto y para terminar, quisiera dejar en el aire una interrogante: Si creemos, por una parte, que estas cinco ecuaciones o círculos “virtuosos”, además de ilusiones, efectivamente constituyen contradicciones o fisuras relevantes, y por otra, que continuarán profundizándose en el futuro inmediato, entonces ¿Cuál es la fase que sigue a la etapa de administración civil de esta contrarrevolución neoliberal ya madura? ¿Cuáles son sus desenlaces previsibles?. No crean que soy apocalíptico: basta recorrer la prensa nacional con mayor atención a la usual - y no hablo de la prensa alternativa que casi no existe en este país- para notar una emergente preocupación sobre éstos y otros temas similares, todos referidos al estado actual de la sociedad chilena y su futuro. Pero tampoco piensen que soy pesimista, pues poco a poco se reconstituye una masa social e intelectual crítica que hurga y urge por alternativas, alternativas para los afectados e inconformistas me refiero. Mas aún cuando el dictador, aquel que representa en el imaginario popular el miedo, el terror pensado y legitimado impudicamente por las clases dominantes, hoy, aunque sea por azar, tambalea como cualquiera y se nos aparece como un icono de tono menor y con pies de barro<sup>29</sup>.

### ***III. 1998-2002: Ralentización del crecimiento y síntomas de agotamiento estructural.***

Sin duda el patrón de acumulación chileno fue afectado por el shock asiático de mediados de 1997, sin embargo, dada la situación del capitalismo chileno tal suceso no pudo en su momento constituir un argumento para augurar su colapso inmediato, ni menos para explicar las contradicciones más profundas que el propio modelo enfrenta en estos últimos años: 1998-2002.

Desde la perspectiva interna, el shock asiático, agregó un marco de complicaciones adicionales a la política económica que el propio patrón de acumulación ya manifestaba: el trade-off entre objetivos de estabilización y de competitividad internacional; el impacto

---

<sup>29</sup> El autor se refiere a la detención de Pinochet en Londres en 1998.



negativo en las cuentas externas generado por la sobre producción mundial de cobre generada por Chile <sup>30</sup> y la escasa capacidad de generación de empleo para varios segmentos y sectores de la economía.

Pero más allá del impacto de la situación internacional y de un prolongado ajuste administrado por la obsesión de inflación cero, lo que se comienza a develarse en 1998 es el agotamiento de las propias fuentes de dinamismo del modelo. El primer signo evidente es el cambio en la demanda neta externa; el segundo, el fin de un largo ciclo de inversión; el tercero, una tasa de crecimiento de la demanda interna insuficiente para absorber tasas de expansión normales de ciertas ramas de actividad interna.

El cambio en la demanda neta externa significa que Chile tiende a transformarse en importador neto, es decir, en demandante neto de mercancías al resto del mundo, aun cuando luego, las cifras de la balanza comercial sean superavitarias no por una expansión de las exportaciones, sino por una contracción severa de las compras al exterior como efecto de segundo orden de la propia ralentización del crecimiento. Lo importante es que la tendencia inicial muestra una situación inversa a todo el período de auge comenzado a mediados de la década de los ochenta. Por otra parte, el fin del ciclo de inversión es evidente en sectores que hace muy poco aparecían abarrotados por megaproyectos; se trata de la minería (el principal destino de la inversión extranjera directa) que transita desde un “ciclo de inversión” a un “ciclo de producción”, y de las telecomunicaciones y obras de infraestructura, cuya tasa de inversión es decreciente. Las previsiones, en términos agregados, coinciden en que los volúmenes de nuevos capitales ingresados a la producción disminuirán notablemente en relación al boom observado en la década de los noventa. Y finalmente, la insuficiencia (y la composición) de la tasa de expansión de la demanda doméstica, plantea serias dificultades para que ésta sustituya –como demanda interna- las fuentes de crecimiento que directa o indirectamente (insumos para la producción de exportables) han estado vinculadas al comercio exterior.

¿Qué significa todo esto? Simplemente que las altísimas tasas de crecimiento registradas durante los noventa – 7,7% anual promedio entre 1990 y 1997- dejan de ser sostenibles como característica propia del propio patrón de acumulación. Habríamos entrado ya en una etapa de desaceleración, de ralentización estructural del crecimiento de la economía chilena y de agotamiento de las bases del modelo neoliberal<sup>31</sup>. Revisemos brevemente las cifras de los años 1998 a 2002.

Hace ya cinco años que la tasa de crecimiento del producto se desplomó: ésta disminuyó desde el 7,7% ya citado a un 2,3% promedio anual, cifra que si bien no es crítica respecto de América Latina e incluso respecto de otros países desarrollados, cambia radicalmente la imagen del modelo chileno. Paralelamente, esta caída del crecimiento se ha acompañado de un aumento del desempleo a 8,7% promedio anual con tasas que en algunos años bordean el 10%; por una disminución del coeficiente de inversión al 23%, por un estancamiento de las exportaciones se no lograron superar la barrera de los 20 mil millones

---

<sup>30</sup> Anunciada con anticipación por el profesor Caputo (1997).

<sup>31</sup> Un análisis detallado respecto de la coyuntura económica chilena a fines de los noventa e inicios del 2000 se encuentra en Agacino (2000).

de dólares y por una reducción de la inversión extranjera directa que es notable si se excluyen los ingresos por la privatización de prácticamente empresas públicas<sup>32</sup>.

Nada tan crítico si lo comparamos con la situación de América Latina. Mas aún si el ciclo corto de cinco años, se acompaña de un repunte en el 2004 que podría elevar la tasa de crecimiento al tres o tres y medio por ciento anual. Esto parece no ser un gran problema, y de hecho no lo es por cuanto a esas tasas crecen las economías mas avanzadas. Sin embargo no se trata de un país del centro, de un país desarrollado; se trata de un país dependiente y periférico. Y es esto lo que se desea relevar.

Si tenemos en cuenta que el patrón de acumulación chileno nunca pudo satisfacer las “ecuaciones virtuosas” que fundaron las esperanzas de la Concertación a inicios de los noventa, entonces, dichas tasas de crecimiento simplemente clausuran cualquier posibilidad para neutralizar o mitigar las contradicciones que encierran tales “ecuaciones”. En efecto, no será posible a esas tasas de crecimiento disminuir la pobreza e incluso evitar su aumento; no será posible mejorar la distribución del ingreso; no será posible mantener una estructura productiva industrial dinámica ni deshacer los efectos de desintegración social, sectorial y territorial que generó la forma que adoptó la inserción internacional de la economía chilena.

Tampoco, y esto es crucial, sostener fácilmente las bases de la alianza del bloque interburgués en el poder ni evitar la pérdida de hegemonía del discurso patronal cuyo recurso es, luego de develada la falsedad de un pacto social ya agotado, la falta de alternativas al capitalismo.

Un crecimiento más lento generará impactos mucho más heterogéneos y será mucho mas concentrado; como ya sucede surgen severas dificultades para la obtención y apropiación del excedente en condiciones de equidad relativa entre segmentos grandes y medios del capital. Hoy están siendo los conglomerados transnacionales y sus aliados criollos, los más favorecidos para sostener una tasa de ganancia media aprovechando las fuentes de excedentes adicionales que cada vez más se hacen más escasas. Las fracciones menores del capital, carentes de rentas (naturales o de otra índole), altamente dependientes del crédito bancario y menos integradas a los mercados e imposibilitadas por ello de ejercer control sobre los canales de comercio, durante este lustro se han visto forzadas - so pena desaparecer- a buscar estrategias de subordinación pactada. Incluso, si las condiciones políticas así lo permitieran, no es del todo impensable su disposición a levantar o apoyar proyectos reformistas moderados que permitan cambiar su correlación de fuerzas en la lucha por el reparto del excedente. Si bien los conflictos surgidos en las recientes fusiones ocurridas en los sectores financiero y eléctrico - que en todos los casos se ha tratado de absorciones de capitales medianos por grandes conglomerados - no han trascendido a la esfera de la política y se han mantenido en el campo de negociación económica, en otras condiciones políticas podrían manifestarse directamente como contradicciones interburguesas en el campo de lo político. Especialmente si lo que está en juego es la monopolización de los fondos de pensiones, del crédito, de los servicios de utilidad pública o las posibilidades por intervenir con efectividad en la defensa de los intereses sectoriales a

---

<sup>32</sup> Véase el Anexo Cuadro N°1. Respecto de la inversión extranjera del año 1999, por lo menos 5.000 millones de dólares se explican por las citadas privatizaciones que, se entiende, constituyen una mera transferencia de activo y no una inversión de nuevas empresas.

propósito de la firma y aprobación de los tratados de libre comercio con EE.UU y la Unión Europea.

Del mismo modo un crecimiento más lento, alejado ya el fantasma de la dictadura y la emergencia lenta de una nueva franja de dirigentes sociales e intelectuales críticos y activos, abrirá la posibilidad para restar capacidad de maniobra al bloque en el poder. Si se deterioran sus fuentes de legitimidad económica, los sectores populares y medios hasta hoy co-optados ideológicamente al amparo de una economía altamente dinámica, estarán menos permeables a un discurso que reduce la ausencia de una alternativa radical al capitalismo a la aceptación fatalista de cualquier tipo de capitalismo e inhibe toda posibilidad de proyectos de reforma social. Desde esta perspectiva, la posibilidad que el sentido común neoliberal se debilite en cuanto razón única, permitirá también que el pragmatismo se debilite en cuanto mecanismo de control social.

Lo importante de todo esto, es que la ralentización estructural del crecimiento parece inaugurar una nueva etapa del patrón de acumulación: la fase de su madurez e inicio de su agotamiento. Aunque es demasiado temprano para afirmar la velocidad a la que este proceso se desenvolverá, los antecedentes disponibles hacen plausible señalar que, desde un punto de vista estrictamente económico, éste será pausado pero acompañado de oscilaciones de auge y recesión mas bien espasmódicos. Sus espasmos serán la manifestación del descontrol relativo de una política económica cuyo sustento será cada vez más feble. Así, Chile, el país de la contrarrevolución mas temprana, la mas madura de todas, podrá incorporarse a esta oleada emergente que comienza a dar por cancelada la era del neoliberalismo y se vuelve a plantear seriamente los problemas del desarrollo, la auténtica democracia y la justicia social.

## Referencias Bibliográficas.

Agacino, R. (1996a): Cinco ecuaciones ‘virtuosas’ del modelo económico chileno y orientaciones para una Nueva Política Económica, en *Informe Anual 1995-1996*, N°5, diciembre, PET, Santiago.

Agacino, R. (1996b): Crecimiento y distribución funcional del ingreso en la industria chilena. Un análisis sectorial, *Informe de Investigación FONDECYT*, mimeo, PET, abril, Santiago.

Agacino, R. (1997a): Los Derechos Humanos Económicos, Sociales y Culturales y el Problema de la Impunidad. Crítica a la ideología y al sentido común dominantes, *Anuario Mariateguiano*, Vol. IX, N°9, Lima Perú.

Agacino, R. (1997b): La Anatomía de la Globalización y la Integración Económica, en *Nuevos Rumbos para la Integración*, Instituto Internacional de Integración, La Paz, Bolivia.

Agacino, R. (2000): Entre Frei y Lagos. Dos ensayos sobre la coyuntura económica y política chilena, 1999-2000, mimeo, una versión electrónica se encuentra en la web de la Red de Economía Mundial, REDEM, [www.buap.redem.mx](http://www.buap.redem.mx).

Agacino, R. (2001): Estructura y dinámica industrial, Chile 1985-1988 en *Estadística y Economía*, N°20, Instituto Nacional de Estadísticas, INE, marzo, Santiago.

Agacino, R. (2002): Notas sobre el capitalismo chileno y antecedentes para una plataforma de lucha por los Derechos Generales de los trabajadores, en *Economía Crítica y Desarrollo*, Año 1, N°2, Santiago.

Agacino, R. y Escobar, P. (1997): Empleo y Pobreza: Un Comentario sobre la Experiencia Chilena en *Revista Aportes*, Año II, N°5, Facultad de Economía, Universidad de Puebla, Puebla, México.

Agacino, R., Rojas, J, y González, C. (1997): *Capital Transnacional y Trabajo. El Desarrollo minero en Chile*. Colección sin Norte, LOM Ediciones, Santiago, Chile.

Banco Central de Chile (..): Boletín Mensual, varios números, Santiago.

Banco Central de Chile (s/f): Cuentas Nacionales de Chile 1985-1992 (Síntesis Anticipada), s/f, Santiago.

Banco Central de Chile (1984): Cuentas Nacionales de Chile 1960-1983, diciembre, Santiago.

Banco Central de Chile (1989): Indicadores Económicos y Sociales 1960-1988, noviembre, Santiago.

Banco Central de Chile (1990): Cuentas Nacionales de Chile 1974-85, marzo, Santiago.

Banco Central de Chile (1995): Series de Cuentas Nacionales: Producto, Ingreso y Ahorro a precios corrientes, Separata, Boletín Mensual N°806, abril, Santiago.

Banco Central de Chile (1998): Anuario de Cuentas Nacionales de Chile 1989-96, Santiago.

Banco Central de Chile (2000): Anuario de Cuentas Nacionales de Chile 1999, noviembre, Santiago.

- Banco Central de Chile (2001): Indicadores Económicos y Sociales 1960-2000, mayo, Santiago.
- Banco Central de Chile (2002): Anuario de Cuentas Nacionales de Chile 2001, junio, Santiago.
- Caputo, O. (1994): La Inversión Extranjera Directa en la Economía Chilena: Algunas Implicancias Económicas y Sociales, *Documentos OXFAM/ARCIS*, julio, Santiago
- Caputo, O. (1997): La sobreproducción de cobre creada por Chile. Su impacto en la economía nacional, *documento ARCIS-CETES*, noviembre, Santiago.
- CEPAL (1995): Situación de la Pobreza en Chile. *Encuesta CASEN 1994*, LC/R, julio, mimeo, Santiago.
- CIE (sf): Estadísticas FDI, Comité de Inversiones Extranjeras, [www.cinver.cl](http://www.cinver.cl).
- CIEPLAN (1984): Síntesis Estadística, Índice de Sueldos y Salarios, en *Colección Estudios* N°15, diciembre, CIEPLAN, Santiago.
- Cortázar, R. (1980): Distribución del Ingreso, Empleo y Remuneraciones Reales en Chile: 1970-78, en *Colección Estudios* N°3, junio, CIEPLAN, Santiago.
- Cortázar, R. y Marshall, J. (1980): Índice de Precios al Consumidor en Chile 1974-78, en *Colección Estudios* N°4, noviembre, CIEPLAN, Santiago.
- De Mattos, C. et al. (1996): Factores de Localización en las Decisiones Empresariales sobre Inversión Industrial en Chile, 1985-1993, *Informe de Avance*, FONDECYT, marzo, Santiago.
- Díaz, A. (1995): La Industria Chilena entre 1970-1994: De la Sustitución de Importaciones a la Segunda Fase Exportadora, *CEPAL*, CAN/93/S41, junio, Santiago.
- Dirección del Trabajo (..): Estadísticas Laborales, varios números (mimeo), s/f., Santiago. Véase también [www.dt.gob.cl](http://www.dt.gob.cl).
- French-Davis, R. (1995): Comercio y Desarrollo Industrial en Chile, *Colección Estudios* N°41, diciembre, CIEPLAN, Santiago.
- Frías, P. (1997): Estadísticas Laborales 1981-1996, PET, mimeo, julio, Santiago.
- INE (sf): Indicadores Coyunturales, varios números, Santiago.
- INE (..):Indicadores Mensuales, varios números, Santiago.
- INE (1997a): Ingresos de Hogares y Personas, 1995. Encuesta Suplementaria de Ingresos, Santiago.
- INE (1997b): Encuesta Nacional de Empleo. Series Empalmadas 1986-1995, Santiago.
- INE (1997c): Serie Corregida del Índice Nominal de Remuneraciones por Hora, base abril 1993 (abril 1993 a mayo 1997), mimeo, julio, Santiago.
- INE (1998): Ingresos de Hogares y Personas, 1996. Encuesta Suplementaria de Ingresos, Santiago.
- Jadresic, E. (1986): Evolución del Empleo y Desempleo en Chile, 1970-1985, en *Colección Estudios* N°20, diciembre, CIEPLAN, Santiago.

- Leiva, F. y Agacino, R. (1994): Mercado de trabajo flexible, pobreza y desintegración social en Chile 1990-1994, *Documentos OXFAM/ARCIS*, noviembre, Santiago.
- Mac-Clure, O. y Urmeneta, R. (1996): Evaluación de las Políticas Frente a la Pobreza y la Exclusión Social en Chile, *Documento N°30*, OIT, abril, Santiago.
- Marcel, M. y Solimano, A. (1994): The Distribution of Income and Economic Adjustment en *The Chilean Economy: Policy, Lessons and Challenges*, Bosworth, B., Dornbusch, R. & Labán, R. (editores), The Brookings Institution, Washington DC.
- MIDEPLAN (1993): Encuestas CASEN 1992 y 1987, Santiago.
- MIDEPLAN (1996a): Realidad Económico-social de los Hogares en Chile. Algunos Indicadores relevantes Encuesta CASEN 1992-1994, julio, Santiago.
- MIDEPLAN (1996b): Balance de Seis Años de las Políticas Sociales, 1990-1996, agosto, Santiago.
- MIDEPLAN (1997): Pobreza y Distribución del Ingreso en Chile, 1996, separata, julio, Santiago.
- MIDEPLAN (1999): Pobreza y Distribución del Ingreso en Chile, 1990-1998, Documento N°1, julio, Santiago.
- MIDEPLAN (2001a): Impacto distributivo del gasto social 2000, informe ejecutivo, julio, Santiago.
- MIDEPLAN (2001b): Pobreza e indigencia e impacto del gasto social en la calidad de vida, informe ejecutivo, julio, Santiago.
- PNUD (1996): Desarrollo Humano en Chile, *ONU*, septiembre, Santiago.
- Teitelboim, B. (1994): Situación de la Pobreza en Chile: 1987- 1992, versión preliminar, mimeo, Santiago, mayo de 1994.